

CAPÍTULO QUINTO

CRISIS DE IRAK Y SUS IMPLICACIONES PARA ORIENTE PRÓXIMO

CRISIS DE IRAK Y SUS IMPLICACIONES PARA ORIENTE PRÓXIMO

Por HAIZAM AMIRA FERNÁNDEZ

La invasión de Irak en el año 2003 está lejos de producir los resultados que anunciaban los promotores del cambio de régimen por la fuerza en Bagdad. En lugar de convertirse en un Estado estable, ejemplo de democracia y país aliado de Estados Unidos, como previeron los neoconservadores, Irak es hoy un Estado cuasi fallido, máximo exponente regional de inestabilidad interna, foco del radicalismo etnorreligioso y terreno fértil para el avance de grupos violentos y terroristas. La ruptura de los equilibrios de fuerzas, tanto internos como regionales, no está dando paso a un nuevo orden más estable y constructivo en Oriente Próximo. Aunque la invasión y ocupación de Irak no ha provocado –por el momento– la situación de caos regional que auguraban los observadores más pesimistas, lo cierto es que los focos de inestabilidad regional están más activos ahora que hace cinco años.

Consecuencias internas y externas de la invasión de Irak

Desde la ocupación militar de Irak en el año 2003, el país se está perfilando, directa o indirectamente, en una fuente de nuevas amenazas no sólo para Oriente Próximo, sino para el propio sistema internacional. La invasión del país produjo división entre las potencias internacionales por la actitud unilateralista y al margen de la legalidad internacional de los entusiastas de la guerra. Casi cinco años más tarde, y ante el fracaso inocultable de la doctrina neoconservadora, Irak se ha convertido en un factor de división aún más grave. En el frente interno, las fracturas étnicas, sec-

tarias y tribales, exacerbadas por el vacío de poder dejado tras la eliminación del régimen baazista, están produciendo una implosión del país. Irak hoy ha dejado de ser un Estado, al menos tal como se conocía desde su independencia. Las instituciones estatales se encuentran seriamente debilitadas como consecuencia de más de una década de sanciones internacionales, de los atropellos cometidos por el régimen dictatorial de Sadam Husein y del colapso causado por las decisiones de las fuerzas de ocupación.

En el frente regional, el cambio de régimen en Bagdad ha alterado seriamente los equilibrios de fuerzas en Oriente Próximo. La posición estratégica de todos los actores regionales ha cambiado. Éstos están librando una lucha para proteger sus intereses, evitar amenazas potenciales, disuadir a sus enemigos y aumentar su capacidad de influencia en la nueva configuración de fuerzas que se está perfilando. La consecuencia más inmediata de la ruptura de los equilibrios regionales que produjo la ocupación de Irak ha sido el aumento de la influencia de Irán en Oriente Próximo, como era de esperar en cualquier escenario que no fuera el óptimo para Estados Unidos. Dado que el principal factor de cohesión interna en Irán es la pertenencia de la práctica totalidad de la población persa a la rama chií del islam, el auge del chiísmo como fuerza etnorreligiosa está generando efectos reactivos en el resto de Oriente Próximo, cuya población pertenece mayoritariamente a la rama suní.

En Irak, los conflictos etnorreligiosos son, ante todo, el reflejo de la competición por el reparto de poder, la distribución de los ingresos del petróleo y la capacidad de influencia en un país cada vez más descentralizado. Muchos ciudadanos y colectivos que, durante décadas, convivieron en paz, ahora viven sumidos en la desconfianza mutua y, en los casos más extremos, en el odio y deseos de venganza. A las centenas de muertes violentas que se producen cada semana en Irak hay que sumar las campañas de intimidación a gran escala que están teniendo consecuencias propias de una limpieza étnica. Las instituciones iraquíes se están mostrando incapaces de proteger a la población y garantizarle los servicios que necesita. La nueva Policía y el Ministerio del Interior se han convertido, en la práctica, en una extensión de las milicias armadas y de una clase política que antepone sus beneficios personales y sectarios a corto plazo a los intereses nacionales más duraderos. Los suníes acusan al gobierno de Nuri al Maliki de ser un instrumento a disposición de las milicias chiíes, aliadas de Irán, aunque también enfrentadas entre sí.

Irak está siendo un laboratorio de un fenómeno de desintegración que podría resultar demoledor de extenderse al conjunto de la región. Ante la extensión de la violencia y la inseguridad por amplias zonas del país, muchas personas se ven forzadas a buscar refugio y apoyo mediante el recurso a sus identidades más primordiales (étnicas, confesionales, tribales, etc.) como factor de cohesión y solidaridad dentro de su grupo. El aumento de la inseguridad, inestabilidad e impredecibilidad en distintos puntos de Oriente Próximo está convirtiendo al factor de identidad en una de las bases sobre las que podría asentarse el equilibrio de fuerzas en el nuevo Oriente Próximo. Como se está demostrando en Irak, el factor de identidad puede desembocar en el uso de la violencia sectaria extrema, tanto para imponerse a las minorías como para resistir frente a las mayorías. La combinación de ambos usos tiene como resultado que los conflictos acaban adquiriendo unas dinámicas propias, por las que no requieren necesariamente de la intervención exterior para perpetuarse.

Tensiones regionales, entre el *statu quo* y el revisionismo

Ante el avance del poder chií en Oriente Próximo, se corre el riesgo de que algunos países suníes (principalmente Arabia Saudí) apoyen sin reservas a los insurgentes correligionarios en Irak, lo que desembocaría en una nueva guerra por delegación (*proxy war*), esta vez entre Irán y Arabia Saudí, en suelo iraquí. El hecho de que ese posible conflicto se produzca a partir de líneas divisorias etnorreligiosas debe ser motivo de preocupación para los países que tienen unas importantes minorías chiíes, como es el caso de Kuwait, Arabia Saudí (el 75% de la población de la Provincia Oriental, rica en petróleo) o Bahrein, cuya población es mayoritariamente chií. Las repercusiones también se pueden extender a otras sociedades con diversidad confesional, como El Líbano, Siria, Jordania y Egipto. Asimismo, las aspiraciones étnicas surgidas a raíz del aumento del poder kurdo en Irak están alentando el activismo de las poblaciones kurdas de Turquía, Siria e Irán, lo que podría enfrentarlas con los poderes centrales. De hecho, la autorización del Parlamento turco en octubre de 2007 para invadir el norte de Irak y acabar con la actividad armada del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) es un indicio más de la posible regionalización de los conflictos abiertos en Irak.

La amenaza de las tensiones sectarias que podían surgir a raíz de la invasión de Irak ya había sido advertida por el rey Abdalá II de Jordania, cuando a finales de 2004 alertó sobre la formación de un «creciente chií» en Oriente Próximo, que se extendería desde Teherán hasta Beirut. Los dis-

cursos incendiarios y populistas del presidente iraní, Mahmud Ahmadineyad, y su instrumentalización de la causa palestina han hecho saltar las voces de alarma sobre las ambiciones iraníes de hegemonía regional. El recurso al factor etnorreligioso amenaza con el posible surgimiento de un «petrolistán» chií, cuyo centro sería Irán, y que se extendería por la Provincia Oriental de Arabia Saudí, Bahrein y el sur de Irak.

La Administración estadounidense, enfrentada a dificultades crecientes en Oriente Próximo, parece tentada a apoyar a sus aliados locales para que se enfrenten por la fuerza a sus oponentes políticos (al presidente palestino frente al gobierno de *Hamás*, al primer ministro libanés frente a *Hezbollah*, etc.), sin favorecer al mismo tiempo soluciones a los problemas políticos (negociaciones de paz, reformas constitucionales pactadas, entre otras medidas). Estos apoyos podrían perpetuar enfrentamientos civiles en los que todas las partes pierden, así como abrir la puerta a otros actores regionales para intervenir a favor de grupos «reversionistas». Algunos observadores árabes han ido más allá al avisar sobre un posible plan para sustituir el enfrentamiento árabe-israelí por un enfrentamiento árabe-persa o suní-chií como forma de crear un nuevo equilibrio regional que evite el surgimiento de competidores para Israel.

Sin embargo, sería un error explicar las alianzas regionales en clave únicamente de identidad. En los últimos tiempos han surgido alianzas coyunturales entre sectores revisionistas pertenecientes a distintos grupos etnorreligiosos: en El Líbano, el general Aoun (cristiano maronita) se ha aliado con *Hezbollah* (musulmán chií) para derribar al Gobierno encabezado por Siniora (musulmán suní). En los territorios palestinos, el Gobierno dirigido por el Movimiento de Resistencia Islámica, *Hamás* (suní, surgido de los Hermanos Musulmanes) cuenta con las simpatías del Gobierno iraní de Mahmud Ahmadineyad (chií), al tiempo que los Hermanos Musulmanes de Jordania y Egipto condenan las injerencias desestabilizadoras iraníes en Irak. Mientras tanto, en el frente palestino, tanto Israel como Irán tienen interés en crear un clima que fomente el enfrentamiento civil. Para Israel, los choques entre palestinos los hace aun más débiles y retrasa la reanudación de las negociaciones de paz. Para Irán, su capacidad de influir en los conflictos de El Líbano, Irak y Palestina lo eleva a la categoría de fuerza regional con la que hay que contar para negociar soluciones. Si algo queda claro en el complejo escenario de Oriente Próximo es que todos los conflictos están interconectados entre sí y que las explicaciones simplistas de poco sirven para comprender las dinámicas de la región.

Combustible para la radicalización

Haber hecho de Irak un elemento central de la llamada «guerra global contra el terrorismo» de la Casa Blanca, a pesar de la inexistencia de lazos entre el régimen baazista y Al Qaeda, parece haberse convertido en una profecía autocumplida. Según diferentes informes de agencias federales estadounidenses, como el *National Intelligence Estimate*, la guerra de Irak ha creado un terreno fértil para el reclutamiento y la formación de terroristas *yihadistas*, al tiempo que les proporciona una oportunidad para perfeccionar sus tácticas, vías de comunicación y discurso ideológico. Irak está demostrando el poder de la guerra asimétrica y los métodos terroristas frente al aplastante dominio militar convencional de Estados Unidos y sus aliados. Esto, sumado a la fuerte resistencia que demostró *Hezbollah* frente a la agresión del Ejército israelí contra El Líbano en verano de 2006, se puede convertir en un futuro no lejano en el modelo a seguir en toda la región.

La insistencia en el carácter etnorreligioso de los conflictos regionales y la inminente amenaza chií está movilizando a los *yihadistas* suníes para ir a luchar a Irak contra la injerencia de los apóstatas *safavíes* procedentes de Irán y en apoyo de la población suní árabe. Esto puede suponer un respiro para las tropas estadounidenses a corto plazo, pero no hay que olvidar que entre los objetivos de Al Qaeda está derribar al régimen saudí, así como a otros gobernantes árabes aliados de Estados Unidos. Todo lo que sea reforzar el papel de los sectores radicales para que luchen contra enemigos de Occidente puede acabar pasando una factura muy alta a medio y largo plazo. El apoyo occidental y árabe a los talibán y a Al Qaeda en su lucha contra la ocupación soviética de Afganistán, así como el apoyo israelí a la creación de *Hamás* en la década de los años ochenta como contrapeso a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) deberían servir de lección sobre la peligrosidad de esas prácticas.

La violencia en sus distintas formas, incluido el terrorismo, que se está generando en Irak no conoce líneas rojas y está afectando, en mayor o menor medida, a las poblaciones árabes suníes y chiíes, pero también a las kurdas, turcomanas, asirias, caldeas, etc. El peligro para los países vecinos –e incluso para países más alejados–, como los europeos es que, con el paso del tiempo, algunos combatientes con experiencia adquirida en Irak como miembros de grupos armados y guerrillas urbanas trasladen sus actividades fuera de ese país, como ya ocurriera con los *muyahidin* árabes que combatieron en Afganistán contra la Unión de Repúblicas

Socialistas Soviéticas. Se calcula que hay más de tres millones de desplazados internos y de refugiados iraquíes en el exterior, principalmente en Siria y en Jordania, a causa de la violencia y la limpieza étnica y sectaria sistemática que se practica en el país. Esta situación entraña riesgos para los países vecinos, al exponerlos a posibles problemas de convivencia, inseguridad, crimen y, sobre todo, *yihadismo* producido por la llegada de algunos refugiados conflictivos.

Doctrina estadounidense en Oriente Próximo

Durante las últimas décadas, la región del golfo Pérsico ha sido una de las más castigadas por los conflictos bélicos, la lucha por el control de los recursos energéticos, las rivalidades políticas y la ingerencia de potencias externas. El triunfo de la Revolución Islámica en Irán en 1979 proporcionó los apoyos occidentales que el Irak de Sadam Husein necesitaba para iniciar una guerra contra el régimen de los ayatolás. La primera guerra del Golfo (1980-1988) terminó sin vencedores ni vencidos, aunque para ello se sacrificará a centenares de miles de personas. Otra vez, Sadam Husein quiso creer en 1990 que contaba con el apoyo occidental para invadir y apoderarse de Kuwait. Lo que provocó, en cambio, fue la mayor coalición internacional en los tiempos modernos que lo expulsó por la fuerza durante la segunda guerra del Golfo, operación *Tormenta del Desierto*, en el año 1991. Además de las bajas que causó la contienda, el embargo internacional que pesó sobre la población iraquí desde los años 1990 hasta 2003 aumentó el sufrimiento de una población duramente castigada por su propio régimen tiránico, causando la muerte de centenares de miles de iraquíes (sobre todo menores de edad). Sadam Husein fue de nuevo el pretexto para que en el año 2003, Estados Unidos reuniera a una coalición menos representativa que la anterior, en esta ocasión más occidental que internacional, con el objetivo de provocar un cambio de régimen en Bagdad. Cinco años después de la eliminación política de Sadam y un año después de su polémica ejecución, la inestabilidad en la región del Golfo no ha disminuido, sino todo lo contrario.

Los objetivos estratégicos de Estados Unidos en el golfo Pérsico han estado, desde hace décadas, condicionados por dos factores: el petróleo y el Estado de Israel. El interés principal de Washington en la región del Golfo ha sido y es garantizar la protección de regímenes amigos que, a su vez, aseguren el suministro de crudo, su libre salida por el estrecho de Ormuz y su comercialización a precios razonables en el mercado interna-

cional. El objetivo a largo plazo es la supervivencia de dichos regímenes amigos que controlan enormes reservas de hidrocarburos. Consideraciones como los valores democráticos o el respeto de los derechos humanos han estado siempre por detrás de los intereses energéticos. El segundo motor de la política estadounidense en Oriente Próximo es garantizar la supremacía del Estado de Israel como su máximo aliado y guardián de sus intereses en la región.

La primera guerra del Golfo vio el nacimiento de un eje Estados Unidos-monarquías suníes-Irak, en el que este último actuó como freno ante las declaradas intenciones de expansión de la Revolución Islámica del ayatolá Jomeini. Saddam Husein creyó que los apoyos externos garantizarían la realización de sus proyectos hegemónicos. Sin embargo, Washington veía su asociación estratégica con el régimen iraquí desde la lógica de la guerra preventiva frente a un régimen iraní, revolucionario y expansionista, que amenazaba la seguridad del Golfo y de sus fuentes energéticas. En el contexto de la guerra fría, Irak era la opción menos mala, y apoyarlo activamente era una forma de contener la expansión de la influencia soviética. Ante la asimetría estratégica y la vulnerabilidad militar de Irak, Estados Unidos y algunos países europeos le prestaron en distintos momentos apoyo vital tanto en la planificación de sus operaciones militares como mediante la provisión de armas, incluidos agentes y componentes necesarios para fabricar armas de destrucción masiva.

Los aliados de Saddam nunca vieron con buenos ojos su excesivo afán de protagonismo en la región. Con el fin de evitar tanto su victoria como su derrota, Estados Unidos siguió una política de equilibrio de fuerzas con Irak e Irán. Por una parte, se abstuvo de condenar el uso de armas químicas en decenas de ocasiones por parte del Ejército de Saddam contra militares y civiles iraníes (y también contra su propia población). Por otra parte, cuando el régimen teocrático de Teherán se vio seriamente debilitado y al borde de la derrota, algunos en Washington no dudaron en venderle armas, según quedó evidente cuando se destapó el escándalo «Irán-Contra» en el año 1986.

A pesar de la guerra irano-iraquí y de ataques ocasionales contra petroleros en el Golfo, el petróleo siguió fluyendo sin dificultades a unos precios considerablemente bajos durante la década de los años ochenta. Con Irán militar y económicamente exhausto, un Saddam fuertemente armado esperaba su recompensa como «salvador de los intereses occidentales y árabes». Su impericia como estratega lo llevó a invadir otro país (Kuwait), y su obstinación típica de los líderes dogmáticos le impidió reconocer sus errores y

corregirlos a tiempo. El resultado fue la segunda guerra del Golfo, amparada por un amplio consenso internacional y con el apoyo de casi todos los países vecinos de Irak. A pesar de haber agredido a cuatro de esos vecinos (Irán, Kuwait, Arabia Saudí e Israel) y de seguir suponiendo una amenaza para la paz y la seguridad de Oriente Próximo, la administración de George Bush decidió mantener al régimen de Sadam, intacto aunque debilitado, en el poder con el fin de disuadir a Irán de reavivar sus viejos sueños de convertirse en potencia regional. La administración de Bill Clinton, por su parte, optó por seguir una estrategia de doble contención (*dual containment*), cuyo objetivo era contener las capacidades militares iraquíes y al mismo tiempo aislar a Irán y limitar su influencia en la región. La ventana de oportunidad para aproximar posiciones entre Irán y Occidente tras la elección del reformista Mohamed Jatamí en el año 1997 no fue aprovechada debidamente, a pesar de que éste contaba inicialmente con un amplio apoyo de una población joven deseosa de cambios y apertura al exterior.

Reacciones regionales

En los últimos tiempos se está produciendo un distanciamiento entre algunos países árabes prooccidentales (los llamados moderados), como Arabia Saudí, Egipto y Jordania, y Estados Unidos. La desatención por parte de la administración Bush de la diplomacia para resolver los conflictos israelí-árabes, su apoyo incondicional a las operaciones militares israelíes en El Líbano y Gaza, sumado a las percepciones altamente negativas que las poblaciones árabes tienen de esta administración, está aumentando el grado de oposición interna al que se enfrentan los países árabes todavía aliados de Washington. Un elemento alarmante a tener en cuenta ahora, y que no existía en su forma actual durante las dos primeras guerras del Golfo, es el movimiento *yihadista* transnacional, cuya amenaza alcanza a todo el planeta y que se ve fortalecido en situaciones de crisis y falta de orden. De extenderse la violencia sectaria por Oriente Próximo a raíz de las luchas que se están produciendo dentro de Irak y en otros puntos de la región, dicho movimiento se vería fortalecido, mientras que los sectores moderados y partidarios del diálogo de esas sociedades serían, una vez más, silenciados.

Ante el inquietante panorama regional, Arabia Saudí ha asumido el liderazgo de los 22 países árabes y su diplomacia está esforzándose por desactivar las crisis que sacuden la región, aunque no parece que lo esté haciendo con mucho éxito. Una mediación saudí permitió a los palestinos alcanzar el Acuerdo de La Meca en febrero de 2007, por el que el movi-

miento islámico *Hamás* y los nacionalistas de *Al-Fatah* se comprometieron a formar un gobierno de unidad nacional que pusiera fin a sus luchas sangrientas. Con esa mediación Arabia Saudí esperaba alejar a *Hamás* de la influencia iraní, y al mismo tiempo ganarse la aprobación de las sociedades islámicas como mediador en las disputas que les afectan. Sin embargo, los enfrentamientos intrapalestinos no han cesado desde entonces. Los saudíes también tratan de pacificar el frente interno libanés mediante el diálogo con las partes enfrentadas y con Siria, país este que sigue ejerciendo una influencia, no siempre positiva, en su vecino occidental. Posiblemente, la iniciativa saudí más ambiciosa hasta el momento fue acoger en Riad a finales de marzo de 2007 la IXX Cumbre de la Liga de los Estados Árabes. En un gesto de inusual sinceridad y autocrítica, el rey saudí declaró que los países árabes sufren las consecuencias de los desastres que causan sus dirigentes, pero también criticó a su aliado estadounidense al hablar de la «ocupación extranjera ilegítima de Irak», para sorpresa y malestar de Washington. El creciente papel de protagonismo regional que está jugando Riad evidencia, entre otras cosas, la menguante presencia de Egipto en la escena regional.

Una de las principales decisiones de la Cumbre de Riad fue relanzar la iniciativa de paz árabe, diseñada por Arabia Saudí y presentada en la cumbre árabe de Beirut del año 2002, por la que todos los países árabes ofrecen la plena normalización de sus relaciones con Israel a cambio de que este país se retire de los territorios que ocupó en la guerra de los Seis Días en 1967. Frente a la tendencia de la actual Administración estadounidense a resolver los conflictos mediante la amenaza del uso de la fuerza, Arabia Saudí y otros países árabes mantienen canales de comunicación con Irán y sus aliados para evitar la confrontación abierta, para lo cual se requiere reconocer al país persa como un actor influyente y al mismo tiempo persuadirlo para que se integre en el sistema regional como país proveedor de seguridad. La visita del presidente ruso, Vladímir Putin, a Arabia Saudí, Jordania y Qatar en febrero de 2007 refleja el interés árabe por diversificar sus apoyos ante las crisis que vive Oriente Próximo, así como la voluntad de Rusia de tener un mayor protagonismo en temas de seguridad y en la política energética de esta región estratégica.

Promoción de la democracia: un daño colateral

El proyecto neoconservador de convertir a Irak en un ejemplo de democracia prooccidental para todos los países del llamado «Gran Oriente Medio»

y de transformar la región en un entorno menos inhóspito para su aliado israelí ha fracasado. Es difícil imaginar que haya muchos ciudadanos árabes que deseen ser liberados de sus sistemas autoritarios siguiendo el modelo iraquí. No se puede decir que Irak sea hoy un país más libre, democrático ni cohesionado que cuando gobernaba Sadam Husein de forma tiránica. Una consecuencia directa del fracaso neoconservador es que las iniciativas estadounidenses de promoción de la democracia han quedado profundamente desacreditadas a los pocos años de su lanzamiento.

Con un balance provisional de decenas de miles de civiles iraquíes muertos, cerca de 4.000 militares estadounidenses muertos y de 30.000 heridos, y con un coste económico de la guerra ya superior a los 450.000 millones de dólares, la superpotencia está dando muestras de debilidad e impotencia relativa en Irak. Al mismo tiempo, la imagen de Estados Unidos ha sufrido un serio deterioro a nivel internacional, incluso entre sus aliados más cercanos, según indican encuestas como la del Proyecto Pew sobre Actitudes Globales. Otros países con aspiraciones de aumentar su poder, como China y Rusia, contemplan cómo Irak se ha convertido en una trampa para Estados Unidos, cuyas fuerzas, economía, imagen y moral se resienten.

La nueva estrategia para Irak, anunciada por el presidente Bush a principios de 2007, consistió esencialmente en aumentar en más de 20.000 efectivos su presencia militar en Irak, principalmente en Bagdad y sus alrededores; reforzar la presencia naval en el golfo Pérsico; fortalecer al gobierno de al Maliki y contar con su hipotético apoyo para enfrentarse a los insurgentes y a las corrientes políticas contrarias a la ocupación; y, por último, confiar en el apoyo de los aliados árabes al Gobierno iraquí. Esta estrategia, menos novedosa de lo que su nombre indica, seguía estando centrada en aspectos militares y de seguridad dura, y rehuía abordar los distintos conflictos regionales mediante procesos políticos, a pesar de que Bush hablara en su discurso de estabilizar la región, de «recabar apoyos para Irak» y de hacer avanzar la libertad en una región turbulenta.

Los elementos centrales de esta estrategia ya han demostrado sus serias limitaciones en el pasado. Incluso en términos militares, el incremento de tropas se produjo en un número insuficiente como para dar un giro a la situación, tal como ha quedado demostrado desde entonces. Esta estrategia confirmaba, una vez más, la unidireccionalidad de la actual Administración estadounidense, que sigue favoreciendo los métodos militares en detrimento de los procesos políticos para producir cambios, contrariamente a lo recomendado en el Informe Baker-Hamilton, publicado a finales del año 2006.

El hecho de que haya habido un descenso relativo en el nivel de violencia dentro de Irak en los últimos meses de 2007, aunque es positivo, no debería servir para lanzar las campanas al vuelo. En un escenario de conflicto complejo con el Irak actual, lo que parece una calma relativa podría no ser más que una tregua táctica por parte de quienes siguen dispuestos a seguir matando.

Del mismo modo que la estrategia de la Administración estadounidense para invadir Irak en 2003 se basó en algo inexistente (las armas de destrucción masiva), la estrategia presentada en el año 2007 se basaba en algo que tampoco parecía existir: unas Fuerzas de Seguridad iraquíes apartidistas y al servicio de toda la ciudadanía. En la actualidad, en ese país no existe una autoridad central fiable ni unas instituciones estatales que ejerzan el monopolio de la violencia legítima. La infiltración de miembros de milicias y grupos armados, principalmente chiíes, en las Fuerzas de Seguridad hacen imposible que éstas jueguen un papel constructivo para alcanzar la paz social y la reconciliación nacional. Aunque existiera la voluntad política, será muy difícil purgar los cuerpos policiales de milicianos y elementos sectarios en un futuro cercano.

Guerra preventiva: segunda parte, ¿Irán?

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la interpretación estadounidense de la política internacional en términos maniqueos a partir de ese momento transformaron las viejas estrategias de disuasión y contención, propias de la guerra fría y de un mundo multipolar, en nuevas y más agresivas estrategias preventivas e impositivas. Con la guerra global contra el terrorismo declarada por el presidente Bush como telón de fondo, los neoconservadores lograron imponer su doctrina de guerra preventiva, cuyo primer objetivo consistía en derrocar el régimen de Sadam Husein, que era visto como una amenaza estratégica a largo plazo a los intereses de Estados Unidos y de sus aliados en el Golfo. La supuesta posesión por parte de Irak de armas de destrucción masiva y la supuesta vinculación de su régimen con movimientos terroristas internacionales fueron las excusas utilizadas por los partidarios de la guerra para invadir el país árabe en marzo de 2003. Pocos años han hecho falta para demostrar que la tercera guerra del Golfo se basó en motivaciones falsas y que los promotores de la invasión no dijeron la verdad a sus opiniones públicas. Resulta llamativo que los Estados vecinos de Irak, que deberían ser los más preocupados por las amenazas que suponía ese país según los neo-

conservadores, se mostraran contrarios a los planes de la Casa Blanca por considerar que éstos ponían en riesgo la estabilidad de la región, lo que resultaba más grave que la continuidad de Sadam. De los vecinos inmediatos de Irak, sólo Kuwait se sumó a la coalición encabezada por Estados Unidos, mientras que Turquía, país miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, le negó el uso de su territorio para llevar a cabo la invasión.

Estados Unidos se alineó con Irak en los años ochenta para evitar la expansión del radicalismo islamista y del terrorismo internacional vinculados con el régimen iraní, lo que habría generado inestabilidad en el Golfo y amenazado a la economía internacional que depende de su petróleo. Resulta irónico que, dos décadas después, Estados Unidos atacara a Irak alegando esos mismos motivos y que haya contribuido a aumentar la inestabilidad en dicha región como consecuencia de un deficiente diagnóstico y una peor ejecución de sus planes. En Oriente Próximo, las armas de destrucción masiva son como un genio en una botella: en la primera guerra del Golfo, Estados Unidos contribuyó a que el genio saliera. En la segunda empezó a devolverlo dentro, mientras que en la tercera intentó sellar la botella con el genio en su interior.

Ahora sabemos (aunque ya se tenían muchos indicios) que en Irak no existían dichas armas en el año 2003. El problema es que, a raíz del nuevo equilibrio de fuerzas, Irán ahora hace todo lo posible por dotarse de avanzada tecnología nuclear, oficialmente para fines pacíficos. Lo alarmante es que esa misma tecnología podría tener usos militares en un futuro, con lo que Irán se colocaría, por fin, en una posición de potencia regional con la que habrá que contar para todo. El genio parece estar otra vez fuera de la botella, aunque en esta ocasión el precio de volver a meterlo es sumamente elevado. En las condiciones actuales, ese precio podría ser ya inasumible para la comunidad y la economía internacionales.

En ausencia de un Irak mínimamente cohesionado, era inevitable que Irán tratara de convertirse en una potencia regional. De hecho, tanto la estrategia estadounidense de contrarrestar las fuerzas de Irán e Irak durante la primera guerra del Golfo como la doctrina de doble contención posterior a la segunda guerra partían de esa base. Un error fundamental de los neoconservadores fue plantearse sólo los escenarios favorables a sus tesis cuando planificaron la invasión de Irak. Muchos están pagando en estos momentos el precio de esa temeridad, empezando por los propios iraquíes, pero también el mismo Estados Unidos, cuyos intereses, credibilidad e imagen en Oriente Próximo han salido seriamente perjudicados.

La actual Administración estadounidense, que se esfuerza por salvar la cara en Irak y sortear los crecientes problemas en casa, parece haberse quedado sin una doctrina claramente definida para la región del Golfo y, en general, para Oriente Próximo, con la que hacer frente a las dificultades que se le plantean. Según la Estrategia de Seguridad Nacional, presentada por la Casa Blanca en marzo 2006, Irán es el país que representa un mayor reto para Estados Unidos. Con el fin de frenar las ambiciones de Teherán, Estados Unidos podría tratar –no sin dificultades– de combinar dos doctrinas empleadas en el pasado con Irán e Irak: el equilibrio de fuerzas y la doble contención, pero esta vez a escala regional. Algunos observadores ven en las repetidas referencias que la secretaria de Estado estadounidense, Condoleezza Rice, ha hecho en tiempos recientes al «CCG+2» (los seis países del Consejo de Cooperación del Golfo más Egipto y Jordania) como una prueba de que Estados Unidos desea crear un frente árabe-suní para contrarrestar la influencia persa-chií en la zona.

Una cuarta guerra del Golfo podría tener consecuencias mucho más graves para el sistema internacional que las tres guerras anteriores juntas. La respuesta de Irán en caso de ser atacado su territorio no se limita a aspectos puramente militares, sino también a su capacidad de generar una mayor inestabilidad regional e interrumpir la salida de petróleo del golfo Pérsico, así como lanzar ataques terroristas fuera de sus fronteras. Irán busca elevar su estatus y ser reconocido como interlocutor necesario a la hora de buscar una solución global para los conflictos de la región, algo que Washington no se ha mostrado dispuesto a aceptar hasta ahora.

¿Qué se puede hacer?

Estados Unidos tiene opciones limitadas para reconducir el conflicto en Irak y evitar el rápido deterioro de la situación regional. Para tener alguna posibilidad de éxito, cualquier política estadounidense para Irak que sea genuinamente nueva debería abordar los desencadenantes políticos de los conflictos internos y regionales, así como las interconexiones que existen entre ellos. Algunas claves para pacificar Irak y mejorar la posición de Estados Unidos en Oriente Próximo están recogidas en el mencionado Informe Baker-Hamilton, entre las que figuran: retomar seriamente el proceso de paz entre árabes e israelíes, negociar con Irán y Siria, rechazar la división de Irak en tres países, promover la reconciliación nacional mediante una negociación política, acordar el reparto de los ingresos del petróleo, proporcionar seguridad y servicios a la ciudadanía, purgar los

Cuerpos de Seguridad de elementos sectarios, atajar la corrupción, alcanzar un acuerdo sobre Kirkuk, reinsertar a los baazistas, otorgar una amplia amnistía y negociar una retirada ordenada de todas las tropas estadounidenses.

Irán y Siria son, juntos y por separado, parte del problema al que se enfrenta Estados Unidos en Oriente Próximo. Precisamente por eso deben ser también parte de la solución y se deben mantener con ellos canales de comunicación. En principio, todos los países vecinos de Irak tienen dos intereses comunes: impedir ser contagiados por el conflicto y evitar los efectos desestabilizadores de una posible partición del país. Ante la ausencia de una negociación política, la desconfianza profunda y falta de comunicación, especialmente entre Estados Unidos e Israel por un lado e Irán y Siria por otro, hacen que estos países se estén preparando para el peor escenario posible. Hasta el momento, las respectivas capacidades de disuasión, tanto convencional como no convencional, han evitado llegar a un enfrentamiento abierto entre estos países. Sin embargo, el peor escenario posible puede convertirse en una nueva profecía autocumplida, con consecuencias desastrosas no sólo para los contendientes. De ahí que sea necesaria la labor de mediación que realizan países que tienen más que perder que ganar si se desata un enfrentamiento armado. La Unión Europea debería plantearse seriamente si está haciendo todo lo posible para defender sus intereses vitales en la zona.

Ante todo, hace falta establecer un marco de seguridad regional en el Golfo, inexistente en estos momentos, en el que los intereses vitales de todos los países estén asegurados, de forma que no los intenten defender de forma unilateral. Si es cierto que Irán desea la energía nuclear para fines pacíficos, debería anunciar en un plazo breve que, tras haber alcanzado su objetivo de enriquecer uranio para generar energía, abre todas sus instalaciones a las inspecciones internacionales. La comunidad internacional, a su vez, debería apoyar la firma de un tratado para la suspensión del enriquecimiento de uranio y reprocesamiento de plutonio en todo Oriente Próximo, incluido Israel, con la posibilidad de establecer acuerdos bilaterales de control y verificación, así como la posible explotación conjunta de la tecnología nuclear para usos civiles. De esa forma Oriente Próximo daría media vuelta en su actual rumbo hacia el abismo, y los dirigentes políticos actuales serían reconocidos por haber evitado más tragedias y sufrimiento a sus pueblos.